

## Sustentar la Calidad y la Masificación: ¿Es Posible?

**MARCELO KNOBEL**

*Marcelo Knobel es profesor del Instituto de Física Gleb Wataghin, Universidade Estadual de Campinas (Unicamp), Campinas, SP, Brasil. knobel@if.unicamp.br*

La educación superior ha registrado una rápida expansión en matrícula a nivel mundial en los últimos 40 años. Este crecimiento probablemente continúe durante los próximos 20 años, con predicciones de 400 millones de estudiantes para 2030 (comparado con 100 millones en 2000). ¿Es posible hacer esta masificación más equitativa, a la vez que se garantizan estándares mínimos de calidad?

Los distintos países y regiones del mundo se encuentran en diferentes etapas de desarrollo de la educación superior. Las tasas de matrícula brutas dependen del grado de desarrollo económico, del ambiente social, de la historia y de las prioridades de políticas de una nación. Si bien a muchos países aún les resulta difícil garantizar el acceso a la educación superior a una población predominantemente joven, otros países enfrentan los desafíos del envejecimiento de su población y/o de un menor apoyo del gobierno.

En el caso de América Latina, por ejemplo, todos los países aún luchan contra una fuerte desigualdad social. Una mayor participación y la obtención de títulos de nivel terciario no solo constituyen un avance fundamental para el desarrollo venidero sino que también resultan esenciales para la movilidad social, especialmente para los grupos sub-representados, los sectores socioeconómicos desventajados, los afro-descendientes y los pueblos indígenas. Ha habido avances en la región en cuanto a matrícula estudiantil, la cual aumentó de 1,6 millones de estudiantes en 1970 a 20 millones en 2009. La tasa bruta de matrícula es de aproximadamente 30 por ciento en la región, lo cual indica que aún hay lugar para mayor crecimiento. Además, el crecimiento continúa siendo desparejo, favoreciendo principalmente a ciertos segmentos de la población.

La fuente de financiamiento de la educación superior, ya sea por parte del Estado, los estudiantes, las familias, o por emprendimientos con fines de lucro, tiene una fuerte influencia sobre la calidad entregada. Por ejemplo, existen muchas inquietudes con respecto a la calidad de la educación superior cuando ésta se centra en el rendimiento financiero. Desafortunadamente, el apetito

por las ganancias financieras a corto plazo a menudo desvía la atención de la planificación a largo plazo, lo cual lleva a una falta de inversión en infraestructura, en la idoneidad de los profesores y en la estabilidad del programa, lo cual pone la calidad en jaque. Además, a pesar de que el sector con fines de lucro desempeña un papel importante en “absorber la demanda”, las autoridades nacionales con frecuencia entregan a dichas instituciones demasiada latitud con respecto a la calidad de los servicios que ofrecen.

Finalmente, la masificación inevitablemente presenta el desafío de educar a un grupo más diverso y aumenta el número de estudiantes con brechas sustanciales en su educación previa. Las instituciones de educación superior deben desarrollar programas específicos para garantizar no solo el acceso sino el éxito de todo estudiante y disminuir las tasas de fracaso y deserción. Esto se debe realizar sin comprometer la calidad del título final otorgado.

Los países deben implementar políticas que brinden acceso a la educación a los sectores socioeconómicos desventajados; que establezcan y garanticen procesos sólidos de aseguramiento de la calidad y de monitoreo; y que creen un marco para fomentar la diversidad institucional y mecanismos de financiamiento innovadores y equitativos. Resulta difícil imaginar una solución integral, pero cada país debe intentar encontrar un buen equilibrio entre el financiamiento, el acceso y la calidad en esta complicada disputa. Una solución sustentable a largo plazo para el crecimiento del sector de la educación superior es imperativa para la estabilidad socioeconómica de cualquier nación. ■

---



---

## No Se Dejen Engañar

**DANIEL C. LEVY**

*Daniel C. Levy es Profesor Distinguido de la State University de Nueva York, Albany, Nueva York. E-mail: dlevy@albany.edu*

Se requiere de cierto sentido del humor al tratar de responder una pregunta acerca de la inminente gran necesidad de la educación superior. Ergo, consulto y parafraseo al comediante Groucho Marx: “Un niño de cuatro años podría responder esta pregunta. ¡Que me traigan a un niño de cuatro años! Yo no le encuentro ni pies ni cabeza.” O ¿quizás podría escabullirme desmereciendo la pregunta o por lo menos declarándola incontestable?

Pero esas podrían ser respuestas descorteses para una invitación amable. A la mayoría de nosotros nos interesan las respuestas entregadas por los colegas que han dedicado sus vidas profesionales al estudio de la educación superior.

La referencia que se hace en la pregunta a aquello con lo cual la educación superior necesita lidiar ¿conciérne a los intereses propios de la educación superior o a servir a los demás? Únicamente las personas como los rectores universitarios y los promotores de políticas de soluciones mágicas podrían plantear estos intereses como casi idénticos. Además: ¿cómo podría una sola respuesta tener sentido para la inmensa variedad de realidades de las sociedades, sistemas políticos, economías, niveles de desarrollo, intereses y valores por un lado y para las estructuras y funciones de la educación superior por el otro? Sin embargo, muchos colegas podrían responder teniendo en mente a las universidades de investigación. Yo no me sentiría cómodo con una única y sustantiva respuesta de acción prescriptiva para toda la educación superior.

La mayor necesidad de la educación superior es mantenerse bien alejada de las visiones o propuestas de políticas idealistas seductoramente atractivas, o bien modificarlas en forma significativa. Obviamente, deseamos resistirnos a las propuestas insidiosas o carentes de mérito; cuando nos las imponen, pateamos y despotricamos. No obstante, incluso las visiones y propuestas que tienen mérito cautivante y deben ser consideradas seriamente llegan a nosotros con aseveraciones muy exageradas acerca de sus probables beneficios. En algunos casos llegan visiones sin contemplación alguna o bien con una contemplación inadecuada de la infinidad de costos, tanto los previsible como los no previsible. Hagan sus propias listas del ayer y de hoy. Desafortunadamente, las aseveraciones infladas del ayer aún perduran: lo que un mayor financiamiento de la educación superior logrará para el desarrollo; cómo la expansión rápida y diversificada del acceso generará equidad y beneficios productivos; de qué manera el dinero del Estado logrará los objetivos progresistas planteados mutuamente. A estas aseveraciones ahora se les suman las grandiosas visiones de cómo crear universidades de clase mundial y lo que lo que se cosechará mediante las agencias de aseguramiento de la calidad, de los parámetros de referencia (benchmarks), de los cursos masivos y abiertos online, o de una mayor competencia en el mercado.

Esto no es una perorata lanzada desde una torre de marfil en contra de quienes están afuera. Mi respuesta propone visiones y propuestas audaces que surjan desde adentro del ámbito académico y también desde expertos

en estudios de la educación superior. Confiaría más en manos invisibles (en las cuales solo tengo una confianza limitada) que en lo que prescriben los gurúes, y mucho menos en lo que prescriben unos sabelotodo ajenos al mundo académico, para determinar lo que la educación superior necesita hacer. ■

---



---

## Mantenición de los Recursos

**SIMON MARGINSON**

*Simon Marginson es profesor del Institute of Education, University College de Londres, Reino Unido. E-mail: s.marginson@ioe.ac.uk*

El principal desafío que enfrenta la educación superior en la próxima década es mundano pero central: la mantención de los recursos. Detrás de esto existe un problema histórico más profundo: las relaciones entre la educación superior y el Estado nación.

A nivel mundial, los sistemas de educación superior modernos son el producto de las estrategias gubernamentales diseñadas para crear nación. Los sistemas de aranceles de la educación superior varían notablemente, pero en general, hasta el momento, el Estado ha financiado la mayor parte de la infraestructura y la mayor parte de los costos de operación de las mejores instituciones de una u otra manera. Los Estados subsidian el crecimiento en el acceso para las nuevas familias participantes y fomentan las oportunidades para la movilidad social a través de la educación superior. El Estado es también esencial en el financiamiento de la investigación, un bien público sujeto al fracaso del mercado. No obstante, ahora la situación está cambiando en muchos países. La investigación aún depende del financiamiento público y los gobiernos desean concentrar allí los recursos para maximizar la competitividad nacional. Pero la docencia puede ser tanto un bien público como un bien privado.

Con una participación en la educación terciaria actualmente de más del 50 por ciento en países con ingresos per cápita por encima del promedio, se ha llegado a un punto crítico. La educación superior se ha convertido en un pasaporte esencial para obtener un empleo de jornada completa y un estatus social efectivo. Se ha vuelto cada vez más difícil para las familias de clase media (y en al-